

CENTRO DE INVESTIGACIÓN ACADÉMICA LATINOAMERICANO

Cuaderno Nº 1 | Septiembre 2016 | Publicación aprobada por Comisión de Referato



www.CEDIAL.com.ar

cedial

Centro Académico de Investigación Latinoamericano

El presente trabajo ha sido aprobado por la Comisión de Referato del Centro Académico de Investigación Latinoamericano.

El trabajo. Placer y sufrimiento.

© Ricardo Ferrari, 2016.

Paper N° 1—CEDIAL. | Buenos Aires, Septiembre 2016.

Ilustración de tapa: Pixabay.

COORDINADORES GENERALES

- -Lic. Adriana Fernández
- -Lic. Ricardo Ferrari
- -Lic. Daniel do Campo Spada

COORDINADORES DE DEPARTAMENTOS

- Lic. Mónica Vallejos (Educación)
- Lic. Hugo Dellazoppa (Comunicación)
- Lic. Ana Mele (Psicología)
- Lic. Walter Klein (Economía)
- Sr. Leandro Alem (Arte)

COMISIÓN DE REFERATO.

- Lic. Fernando Roig (Educación)
- Lic. Karen De Franceso (Comunicación)
- Lic. María Victoria Escoz (Psicología)
- Ing. Oscar Vennera (Economía)
- Lic. Andrés Taurián (a/cargo Arte y Literatura)
- Lic. María Rosa Longo (Filosofía)

CEDIAL.com.ar



El presente escrito plantea la problemática del trabajo y de su importancia para la vida humana.

El eje del mismo es la teoría psicoanalítica. Siguiendo a Christophe Dejours, se hace un planteo del trabajo como fenómeno ambiguo.

El trabajo como fuente de placer pero también de sufrimiento.

El trabajo, no sólo como "poiesis" o puesta en práctica de una "téckne" sino también un lugar de encuentro con los demás.

Encuentro conflictivo, que puede resolverse en vínculos de colaboración, de aprendizaje mutuo y de desarrollo

o bien en vínculos hostiles basados en la competencia, en la envidia, en los celos y el maltrato.

Desde esa perspectiva se plantea que todo trabajo supone siempre "otro trabajo": el estar con los otros.





A modo de introducción diremos que hay una consideración que atravesará toda la historia del mundo occidental y que enlaza trabajo con sufrimiento. El trabajar no debe ser placentero. Trabajar y placer están reñidos. El placer quedaría del lado de la vocación, es decir de aquello que se ofrece gratuitamente porque está en relación con el placer de hacerlo. Si hay placer, eso no es trabajo. Se hace "por vocación", sin reclamar contraprestación pecuniaria.

Ya en la Biblia encontramos una referencia al origen del lazo entre trabajo y sufrimiento. El trabajo sería una de las consecuencias de la desobediencia del hombre con respecto a Dios, "ganarás el pan con el sudor de tu frente". Desde esta óptica no hay posibilidad de lograr satisfacción en el trabajo o bien la satisfacción es el sufrimiento mismo, como un modo de compensar y calmar la deuda con Dios -padre. El lenguaje también es revelador de este vínculo de interdependencia entre trabajo y sufrimiento. En la lengua francesa, familiarmente, trabajar se dice "bosser" (jorobar), el trabajo es aquello que produce una joroba (bosse). Aquello que deforma la columna porque nos obliga a una posición corporal curvada frente a lo que hacemos. "Je bosse ici" (yo trabajo aquí) traducido literalmente sería "yo me jorobo aquí". Nos dice al respecto Ivonne Bordelois: "El inglés no conoce un término equivalente a trabajo; labor indica ante todo las relaciones institucionales que el trabajo crea, y también los dolores de parto. Recordemos que trabajo deriva de tripalium (palabra derivada a su vez de tres palos, que fue primero una suerte de yugo para uncir a los animales y luego una forma de tortura aplicada en tiempos medievales, que conducía a la rotura de los huesos del supliciado). Mientras que en español y en francés (travail) el sentido penoso y explotativo del trabajo está presente etimológicamente-, el inglés subraya su creatividad en work: las obras de Shakespeare son los trabajos de Shakespeare es decir, no hay diferencia entre trabajo y obra para los anglosajones." (Bordelois, 2004: 63)

En relación a las consideraciones anteriores, leemos en Fernández Enguita: "La tradición cultural judeo-cristiana ha presentado siempre el trabajo, en el peor de los casos, como la penitencia del pecado original y, en el mejor, como resultado de la necesidad. Esta representación encaja bien con el sentido común (hay que trabajar para comer, etc.), mas no traspasa la superficie del problema.

El trabajo es necesario para la reproducción de la vida humana, pero es algo más que su mera reproducción mecánica. Incorpora un elemento de voluntad que lo convierte en actividad libre y, de manera general, en la base de toda libertad." (Fernández Enguita, 1990: 17) Y agrega más adelante en relación a los planteos de Hegel y posteriormente a los de Marx: "...sólo al modificar su contexto puede el ser humano considerarse libre. Hegel llevó este razonamiento hasta el punto de sugerir que no puede haber libertad sin trabajo y que el peor trabajo es una forma de libertad. Así, en el famoso capítulo sobre el señor y el siervo, afirma: (...) El señor, que ha intercalado al siervo entre la cosa y él, no hace con ello más que unirse a la dependencia de la cosa y gozarla puramente; pero abandona el lado de la independencia de la cosa al siervo, que la transforma. (Hegel, 1973: 1118) ". Un párrafo más abajo leemos: "Hegel y Marx coincidieron, así, en concebir el trabajo como efectivización de una voluntad transformadora de la naturaleza. El aspecto de libertad reside en el elemento de voluntad -la autoconciencia de Hegel- y no puede existir sin ella. Pero, en el trabajo organizado, esa simbiosis de voluntad y acción puede romperse, quedando cada una de un lado de la organización polarizada del proceso productivo. Esa es precisamente la transición del trabajo libre al trabajo alienado. Hegel creía que todo trabajo suponía alienación porque identificaba ésta con la objetivación de la autoconciencia, es decir, con la materialización práctica de cualquier proyecto intelectual. Marx aceptaba que la objetivación era característica común de cualquier trabajo – y lo que lo distingue de la actividad animal sería para él, como para Hegel, que tal proyecto es elaborado por el trabajador-, pero no que lo fuera la alienación. Esta representaría un paso más allá de la objetivación, un paso cualitativamente distinto: la elaboración del proyecto por otro." (Fernández Enguita, 1990: 18/19)

El trabajo, como fenómeno humano complejo, requiere como tal, ser abordado desde múltiples perspectivas. Perspectivas económicas, sociales, históricas, antropológicas, psicológi-

cas, etc. Para comenzar diremos que, trabajar, es una actividad que hacemos con otros y para otros y en ocasiones, en contra de otros.

Como indicáramos más arriba y, desde una perspectiva marxista, podríamos definir el trabajo como la transformación de la naturaleza para ponerla al servicio de la satisfacción del hombre. También suele definirse el trabajo como el gasto de energía psicofísica cuyo objetivo es la producción de bienes y servicios para la satisfacción de las necesidades humanas. Pero sabemos que el trabajo no es sólo "hacer", no es sólo producción, "poiesis". A todo trabajo se le agrega siempre otro trabajo. que es, el estar con los demás. Siempre que trabajamos, lo hacemos con otros, para otros o en contra de otros. Es también "trabajo", ponerse de acuerdo, producir consenso, para poder encarar esa transformación del objeto que definimos como trabajo.

El trabajo, supone siempre la presencia del otro. Aún trabajando solos, eso que hacemos, está pensado para el otro, para su reconocimiento.

Hay, entonces, un esfuerzo, un gasto de energía que no está implicado sólo en la producción de bienes y servicios sino también en los vínculos que se establecen con los otros en el trabajo. El hombre cuando trabaja, establece, con los otros, diversos tipos de lazo, éstos pueden estar basados en la colaboración, en la producción de conocimiento, en la cooperación, en la competencia, en el sometimiento, en la explotación, en la humillación, etc.

En ese sentido recordamos el planteo de Freud, en su obra Psicología de las masas y análisis del yo, cuando nos



dice que toda psicología individual es simultáneamente psicología social y que el vínculo con los demás aparece desde el principio y se caracteriza por cuatro modos: como objeto de amor, como rival o enemigo, como yo auxiliar y como modelo de identificación (Freud, 1986: 67). Consideraremos de estos cuatro modos, los tres últimos, que serían los más frecuentes en los vínculos con los otros, mediados por el trabajo.

Sabemos que los vínculos laborales son la expresión, no sólo de la ecuación personal, de la singularidad de los involucrados, de su particular modo de ser; sino también del contexto organizacional, social, económico y político dentro del cual se inscriben. El ser humano es portador de su historia singular pero también del contexto histórico, social, político y económico dentro del cual se inscribe su vida.

Nada de lo humano puede comprenderse cabalmente sin tener en cuenta todos estos factores. Los vínculos laborales, ya sea basados en el respeto, en la colaboración, en el desarrollo y crecimiento de los actores sociales, en la competencia, en el maltrato, etc. son siempre, además de la expresión singular de la organización o de la unidad funcional que los alberga, la reproducción del macrocontexto en el que están instaurados. En ese sentido la satisfacción o insatisfacción en los lugares de trabajo o en la tarea, tiene múltiples lecturas y aún cuando estemos parados en una perspectiva determinada, es importante saber que hay otros modos de mirar el mismo fenómeno y que ninguno se agota en sí mismo.

Desde la perspectiva de la antropolo-

gía estructural levistraussiana, el mundo del trabajo está representado por el intercambio de bienes y servicios, y cada cultura y cada período histórico nos muestran diferentes modos de intercambiar bienes y servicios. Así como cada formación cultural define sus propias reglas lingüísticas y matrimoniales, también define sus reglas económicas. Entonces, estas reglas económicas se inscriben dentro de una historia que es la historia económica, definida como: "...las maneras o modos mediante los cuales las distintas sociedades han enfrentado los problemas de la producción y distribución de bienes y servicios necesarios para su subsistencia y desarrollo." (Llairó, Siepe, 2005: 37).

Sabemos que estos modos de resolver los problemas de la producción y distribución de bienes y servicios, también llamados modos de producción, van a dejar su impronta en los vínculos que las personas establecen en el ámbito laboral. Es decir, la intersubjetividad laboral va a estar atravesada por el contexto histórico-económico en el cual se inscribe su hacer. En efecto, como indicáramos más arriba, los lazos que los seres humanos establecen en el mundo del trabajo, van a ser la expresión de múltiples atravesamientos.

Contrariamente a la concepción marxista, para la teoría psicoanalítica no habría una esencia de lo humano ligada al trabajo. Si bien, para esta teoría, al trabajar se desplazan montos considerables de energía pulsional, tanto erótica como tanática, que impiden, al ser desplazados hacia el objeto, que se produzca la estasis libidinal y la consi-

guiente enfermedad del yo, el ser humano trabaja, según Freud, porque existe una compulsión externa que lo conmina a hacerlo como condición de formar parte de la comunidad humana. Podemos decir que, desde esta perspectiva, se trabaja para formar parte, para pertenecer, para estar incluido, ya que la condición de la inclusión es esta compulsión externa al trabajo. En una nota al pié del capitulo II de "El Malestar en la Cultura", Freud hace referencia a esta cuestión: "Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad. La actividad profesional brinda una satisfacción particular cuando ha sido elegida libremente, o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente. No obstante, el trabajo es poco apreciado, como vía hacia la felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia otras posibilidades de satisfacción. La gran mavoría de los seres humanos sólo trabajan forzados a ello y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas so-

ciales." (Freud, 1988: 80) Encontramos entonces desde esta perspectiva una relación entre compulsión externa y trabajo. No pareciera que el trabajo fuese la esencia del hombre, más bien pareciera que hay un forzamiento externo que lleva al hombre a trabajar y esto es así porque, según Freud, hay "una natural aversión de los hombres al trabajo".

Este forzamiento, esta compulsión externa, es lo que lleva al individuo a tener q renunciar al narcisismo para poder, a través del trabajo, ligarse con la realidad y con los demás. La capacidad para trabajar supone, entonces, el abandono de la posición narcisista originaria como un modo de poder pertenecer a una comunidad social determinada. Pero Freud también ensaya una respuesta económico – dinámica que no está reñida con lo anteriormente planteado con respecto a la compulsión externa.

Recordemos que para Freud la salud mental está indicada por la capacidad de amar y de trabajar. Traducido en términos de la teoría de la libido, diríasalud mental mos que la "normalidad", tal como la entiende Freud, implicaría el predominio de la libido objetal sobre la libido voica o narcisista. Se pregunta Freud en su obra de 1914, "Introducción del narcisismo": "¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner (Setzen) la libido sobre objetos? La respuesta que dimana de nuestra ilación de pensamiento diría, de nuevo, que esa necesidad sobreviene cuando la investidura (Besetzung) del vo con



libido ha sobrepasado cierta medida. Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar. Algo parecido a la psicogénesis de la creación del mundo, según la imaginó H. Heine: "Enfermo estaba; y ese fue de la creación el motivo: creando convalecí, y en ese esfuerzo sané" (Freud, 1986:82).

Desde esta perspectiva teórica diremos que el sufrimiento va a estar del lado de la detención de la libido en el yo, en su estancamiento, y el trabajo, al volver la libido al objeto, con el fin de transformarlo, disminuiría ese sufrimiento que genera la enfermedad mental como consecuencia de la estasis libidinal. La hipótesis económica del psicoanálisis considerará a la enfermedad mental como retención de la libido en el yo.

¿Podemos establecer entonces una coincidencia entre Hegel y Freud, diciendo que para ambos, aún el peor de los trabajos es liberador, en este caso "liberador de la libido", un "mal necesario"?, la respuesta es no, Freud plantea también que un exceso de libido objetal, también enferma y genera sufrimiento. Un exceso de libido objetal empobrece al yo rebajando su autoestima con respecto al objeto. La explotación laboral o el desequilibrio entre la inversión y la retribución, son también devastadores para el yo.

En relación a esto último, citaremos las consideraciones de Marx:

« ¿En qué consiste entonces la enajenación del trabajo? Primeramente en que el trabajo es externo al trabajador,

es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, trabajo forzado. Por eso no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo... El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de ascetismo.» (Marx, 1997: 112/113).

Recapitulando, la teoría psicoanalítica va a vincular la capacidad de trabajo con la salud mental y con la restricción del narcisismo. Va a existir desde esta perspectiva una relación entre no trabajar y enfermar. La imposibilidad de trabajar, ya sea por cuestiones personales o sociales, generaría un aumento de la energía pulsional eróticotanática en el aparato psíquico, al no poder ser desplazada hacia el objeto. Este aumento, estasis de por medio, inundaría al yo, generando sufrimiento y enfermedad (como consecuencia de la estasis energética). Entonces, la capacidad para trabajar, supone siempre una cierta cuota de sufrimiento, de displacer, derivada de la restricción del narcisismo, restricción que se hace originariamente por compulsión externa y para lograr a cambio un beneficio para el sujeto (ganar dinero, crecer



económicamente, desarrollarse profesionalmente, obtener reconocimiento etc.) Ahora bien, la imposibilidad de trabajar genera un sufrimiento mucho mayor, al verse impedida la descarga energética necesaria para la transformación del objeto y la retención de la misma en el yo.

Sigmund Freud en su obra Inhibición, síntoma y angustia, va a hacer referencia a la inhibición con respecto al trabajo: "La inhibición del trabajo, que tan a menudo se vuelve motivo de tratamiento en calidad de síntoma aislado, nos muestra un placer disminuido, torpeza en la ejecución, o manifestaciones reactivas como fatiga (vértigos, vómitos) cuando se es compelido a proseguir el trabajo. La histeria fuerza la interrupción del trabajo produciendo parálisis de órgano y funcionales, cuya presencia es inconciliable con la ejecución de aquel. La neurosis obsesiva lo perturba mediante una distracción continua y la pérdida de tiempo que suponen las demoras y repeticiones interpoladas." Y agrega más adelante: "Otras inhibiciones se producen manifiestamente al servicio de la autopunición; no es raro que así suceda en las actividades profesionales. El yo no tiene permitido hacer esas cosas porque le proporcionarían provecho y éxito, que el severo superyó le ha denegado. Entonces el yo renuncia a esas operaciones a fin de no entrar en conflicto con el superyó" (Freud, 1988: 85/86)

Si, como vimos, para algunos autores, el trabajo es la transformación del objeto con el fin de producir los bienes y servicios para la resolución de las necesidades humanas, esta transformación es con la presencia directa o indirecta de los demás y veremos cómo esta presencia interviene en el placer o sufrimiento laboral.

La presencia de los otros en el trabajo supone una ventaja económica tanto para el psiquismo como para la sociedad. Hay un esfuerzo de energía que está al servicio del intercambio. Esto es lo que estaría en la base de la división social – técnica del trabajo. Desde sus orígenes el ser humano habría comprendido la conveniencia de estar con los demás y como dijimos más arriba la importancia del intercambio, esto es, en términos psicoanalíticos, la restricción del narcisismo y de la omnipotencia infantil como condición de posibilidad de la convivencia.

El trabajo es un fenómeno ambivalente. Por un lado deseamos tenerlo mientras que por otro lado nos genera resistencia. Esta ambivalencia hunde sus raíces en el conflicto entre el narcisismo irrestricto del infans y su restricción, proveniente de las personas amadas e idealizadas de su entorno. El deseo de trabajar está intimamente ligado al deseo de reconocimiento como deseo característico del viviente humano y a este deseo se agrega también el temor a trabajar, que es la expresión de la contracara del deseo de reconocimiento, es decir, el temor a ser rechazado, humillado, descalificado etc. como posibilidades del mundo del trabajo. Leemos en el artículo de Christophe Desjours: "No debemos olvidar la lección que nos transmitieron los



precursores, que el trabajo es ambivalente. Puede generar lo peor, pero también puede dar lo mejor" (Desjours, 2000:1).

Según este autor, el trabajo puede producir efectos saludables pero también efectos deletéreos, es decir, puede ser un mediador de la salud, en el sentido de incrementar la subjetividad, de permitir a la persona desarrollar sus potencialidades y descubrir otras nuevas pero también puede generar morbilidad. Según Desjours, se ven aparecer en las poblaciones activas lo que se denomina patologías de sobrecarga, es decir, todo un espectro de signos y síntomas como consecuencia del exceso de tareas y de responsabilidades. Como ejemplo de esto último podemos mencionar: agotamiento, problemas músculo- esqueléticos, úlceras, colon irritable, consumo masivo de psicotrópicos, depresiones, crisis de ansiedad, psicastenia, tentativas de suicidio o suicidios consumados en los lugares de trabajo.

Más arriba planteábamos que todo trabajo supone la presencia de los demás, al respecto leemos en Desjours: "En la situación común de trabajo, trabajo siempre para alguien: un patrón, mis subordinados, mis colegas, o para un cliente. El trabajo es también y fundamentalmente intersubjetivo. Por este motivo el trabajo proyecta al sujeto también, directamente, de golpe, en el vínculo social." (Desjours, 2000:3). Esto último se relaciona con lo que dice Freud acerca del trabajo, en el sentido de que el trabajo liga a las personas con un fragmento de la realidad, es decir, el vínculo con los demás,

vínculo que, como sabemos, queda transitoriamente interrumpido en el caso de la desocupación, generando, muchas veces, una situación de aislamiento y de solipsismo que puede desembocar en depresión. En este sentido hay que resaltar que, estar sin trabajo es no sólo un perjuicio económico sino también un daño emocional intimamente ligado a la pérdida del vínculo social y al reconocimiento proveniente de ese vínculo. La mayoría de los autores que se ocupan de la problemática del ser humano en el trabajo van a insistir en la importancia del equilibrio entre lo que se invierte en el trabajo y la recompensa por ello. Para Desjours lo primordial en la recompensa va a ser el reconocimiento. "(...) Trabajar es, con frecuencia a un alto costo, aportar una contribución a la organización del trabajo. A cambio de esta contribución a la vez subversiva y arriesgada a la evolución de la organización del trabajo real, el sujeto espera una retribución. Y – agrega Desjours en primera persona- la retribución que espero de la movilización de mi subjetividad y de mi persona entera, toma una forma muy específica: es una retribución cuya potencia se encuentra esencialmente en su dimensión simbólica y no en su dimensión material. La retribución esperada es el reconocimiento." (Desjours, 2000: 3). Esta última apreciación nos recuerda la fórmula lacaniana: "El deseo humano es el deseo del Otro". Recordemos que, una de las acepciones de esta fórmula nos indica que, lo que desea el humano originalmente, es ser objeto del deseo del otro, y este deseo, es deseo de reconocimiento por parte del otro, es decir, tener un lugar en el deseo del otro, que el otro me incluya en su vida, en sus proyectos y esto va a estar implícito en el deseo de pertenecer, de formar parte, de estar incluido en el proyecto organizacional. Sabemos que Lacan toma la cuestión del deseo abordada ya por Spinoza (S. XVII) y por Hegel (S. XIX). La cuestión del deseo, es la preocupación central del psicoanálisis. El deseo como deseo del otro se hace patente en el infans como dependencia de amor con respecto al otro significativo. Se es lo que el otro desea, como un modo de ser deseado por él: "El hecho de que el deseo es esencialmente deseo de ser el objeto del deseo de otro queda claramente ilustrado en el primer "tiempo" del complejo de Edipo, en el que el sujeto desea ser el falo para la madre." (Evans, 1997: 69)

Dice Desjours: "La apuesta del reconocimiento es una apuesta a la salud mental, en la medida que mi identidad no la sostengo solamente yo. La sostengo a través de la mirada del otro (...) Esta es la razón principal por la que aquellos que están privados de trabajo sufren una tal "morbilidad" psicopatológica. Privados del derecho de aportar una contribución a la sociedad, también están privados de la posibilidad de proseguir la construcción de su identidad." (Desjours, 2000: 3)

La psicología nos enseña que la identidad es el núcleo estable de la personalidad, aquello que permanece más allá de los cambios y que permite que nos reconozcamos como los que fuimos, los que somos y los que seremos. Esta identidad no es sin la presencia de los demás y su reconocimiento. Puedo nombrarme como psicólogo, como médico, como arquitecto etc., porque los demás me reconocen como tal. Esta identidad la voy construyendo a lo largo de la vida en el vínculo con los demás.

Hay coincidencia entre los especialistas en relacionar trabajo e identidad, leemos así en el capitulo 2 del libro Trabajo y subjetividad, lo siguiente: "El trabajo es una instancia primordial de la relación entre el individuo y la sociedad, además de ser un soporte fundamental de la propia identidad." (Martínez García, 2005: 52)

Entonces, el humano no trabaja sólo para subsistir ("No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" Dt.8, 3; Mt.4, 4) sino por el reconocimiento del hacer. Ser reconocido por el otro significativo (bíblicamente Dios-padre) pone en segundo lugar la subsistencia, como en el caso de la tentación de Cristo en el desierto. Traducido esto en términos psicoanalíticos diríamos que en el ser humano la dependencia es dependencia de amor y en ese sentido la pulsión de autoconservación se subordina al reconocimiento por parte del otro amado e idealizado. Al deseo de ser el objeto de deseo del otro. El psicoanálisis nos enseña, que las palabras significativas ("...toda palabra que sale de la boca de Dios") son aquellas que provienen de los objetos amados e idealizados.

Por un lado el trabajo es una de las condiciones para habitar la cultura y en ese sentido supone una restricción del yo y por otro lado es en el trabajo dónde se satisface el deseo de recono-



cimiento y esto produce una expansión del yo. El trabajo supone entonces una restricción narcisista (para trabajar no puedo estar mirándome el ombligo) que implica cierta cuota de sufrimiento, pero que se hace a cambio de un beneficio narcisista (ganar dinero, pertenecer, prestigio, desarrollo personal, todo lo cual podríamos sintetizarlo como reconocimiento)

Freud, va a plantear que existe una coerción externa que lleva al hombre a trabajar. Esta coerción externa no es otra que la restricción del narcisismo que se impone desde afuera, y que se remonta en sus orígenes a las frustraciones provenientes de los otros significativos del entorno infantil. Es importante destacar que, la coerción externa por sí sola no es suficiente y que es el mismo narcisismo el que lleva al sujeto a internalizar las proscripciones y prescripciones de la cultura. Es por el deseo de seguir siendo amado por aquellos de los que el infans depende para vivir, que se restringe el narcisismo. Es decir, se renuncia a querer tenerlo todo, para no perder el amor de la personas amadas e idealizadas. La restricción del narcisismo se hace para obtener a cambio un beneficio narcisista. El beneficio narcisista es el amor del otro significativo, su reconocimiento.

Este deseo de reconocimiento nos acompaña toda la vida. Es por este deseo de reconocimiento que trabajamos. Podríamos pensar que el deseo de ser reclutados en un proyecto organizacional, es una réplica de ese deseo de ser el objeto del deseo del otro. De ahí, muchas veces, el dolor que causa, luego de haber transitado por un proceso

de selección, no ser convocado al proyecto organizacional o, mucho más dramáticamente, la situación de desocupación con sus secuelas de depresión y suicidios.

Diremos entonces, que trabajar no es sólo una cuestión de subsistencia, no trabajamos sólo para poder seguir viviendo sino para aportar una contribución a la comunidad, para sentirnos parte de un proyecto común, para no quedar por fuera del reconocimiento del otro, de su mirada que nos confirma, que nos hace sentir reales y bienvenidos a la vida. Ésto último que comprobamos dramáticamente en el infans, nos acompañará a todo lo largo de nuestra vida.

Cuando en su obra de 1925. "Inhibición, síntoma y angustia", Freud hace referencia a la causación de la neurosis, menciona tres factores, un factor biológico, un factor filogenético y otro psicológico. En relación a las últimas afirmaciones hechas en el párrafo anterior, leamos que dice Freud, acerca del factor biológico, en la obra mencionada: "El biológico es el prolongado desvalimiento y dependencia de la criatura humana. La existencia intrauterina del hombre se presenta abreviada con relación a la de la mayoría de los animales; es dado a luz más inacabado que estos. Ello refuerza el influjo del mundo exterior real, promueve prematuramente la diferenciación del yo respecto del ello, eleva la significatividad de los peligros del mundo exterior e incrementa enormemente el valor del único obieto que puede proteger de estos peligros y sustituir la vida intrauterina perdida. Así,

este factor biológico produce las primeras situaciones de peligro y crea la necesidad de ser amado, de que el hombre, no se librará más." (Freud, 1988: 145) Vemos así que, el ser humano es un ser prematuro y que esta prematurez, que lo acompañará siempre, determina la dependencia de amor. Podríamos decir, entonces, que trabajamos, en última instancia, para ser amados y que, cuando nos vemos privados del trabajo, como en el caso de la desocupación, sentimos que hemos sido abandonados, que hemos dejado de ser amados, lo que muchas veces deriva en situaciones de autoabandono y de autorreproches; no somos amados porque "algo malo habremos hecho". Aparece ahí la figura del "destino", como un desplazamiento de los padres de la infancia que nos abandonan porque somos malos o como dice Virgilio, citado por Borges: "De otra manera lo entendieron los dioses" (Borges, 1996: 521)

Para la antigüedad clásica, todo trabajo supone una téckne, un saber-hacer, una capacidad para producir objetos útiles para la comunidad. Hay una téckne del carpintero, una téckne del herrero, una téckne del vidriero, del zapatero etc.

Desde una lectura psicoanalítica, esta profunda necesidad de ser amado, que acompaña toda la vida del ser humano, se va a enlazar, entre otras cosas, con el trabajo, con el saber-hacer, con la téckne de los griegos. Hay un saber-hacer que desplegamos con el fin de sentirnos útiles para la comunidad que habitamos y por consiguiente de sentirnos reconocidos y amados.

En ese sentido, la falta de trabajo, la desocupación, priva a la persona de su derecho a ser reconocida por su saberhacer, por su contribución al desarrollo de la vida comunitaria. A partir de las consideraciones de Freud en "Introducción del narcisismo", podemos concluir que, el hombre trabaja para no enfermar.

La teoría psicoanalítica también nos enseña que, el trabajo supone un desplazamiento hacia el objeto de montos de energía psíquica, que, de no poder ser desplazados, como en el caso de la desocupación, pueden quedar retenidos en el yo de forma crónica y generar enfermedad. La problemática de la desocupación, entonces, no es solamente económica, en un sentido social e histórico, sino también de economía psíquica.

La retención libidinal y tanática a que condena la desocupación, deriva en depresión y puede en algunos casos desencadenar una melancolía o llevar al suicidio. Es interesante destacar que en muchos casos de desocupación, las personas caen en el autoreproche: "no sirvo para nada", "mi vida es un fracaso", "todo lo que hago, está mal", "si no tengo trabajo es porque no me esfuerzo lo suficiente", etc. Todo lo cual se encuentra reforzado por una maniobra cultural que culpabiliza al individuo y no permite pensar en la verdadera causa que reside, como sabemos en una distribución desigual de los bienes culturales.

No es de extrañar que aquellos cuya vida está marcada por el infortunio, en este caso, la desocupación, la subocupación o el trabajo informal, no se



sientan amados y se resignen a la desdicha como un modo de recuperar "el amor del destino o de los dioses", esos dioses, que como nos enseña la teoría psicoanalítica, son la representación a nivel inconsciente de las figuras amadas e idealizadas del infans. Esta resignación es, en verdad, una autopunición. Si no somos amados es porque somos malos y esta maldad debe ser castigada para aplacar la ira de los dioses (padres) y obtener su amor. Los sectores sociales más vulnerables. aquellos cuya historia de precariedad, postergación y abandono los ha eyectado fuera del sistema, son los que van a ser más propicios a la resignación como un modo de autopunición.

Leemos en "El malestar en la cultura": "Otro hecho que pertenece también al ámbito de problemas -tan ricode la ética es que la mala fortuna, vale decir, una frustración exterior, promueve en muy grande medida el poder de la conciencia moral dentro del superyó. Mientras al individuo le va bien, su conciencia moral es clemente y permite al vo emprender toda clase de cosas; cuando lo abruma la desdicha, el individuo se mete dentro de sí, discierne su pecaminosidad, aumenta las exigencias de su conciencia moral, se impone abstinencias y se castiga mediante penitencias. Pueblos enteros se han y se siguen comportando de ese modo. Pero esto se explica cómodamente a partir del grado infantil, originario, de la conciencia moral, grado que, por consiguiente, no es abandonado tras la introyección en el superyó, sino que persiste junto a ella y tras ella. El destino es visto como sustituto

de la instancia parental; si se es desdichado, ello significa que ya no se es amado por esos poderes supremos y, bajo la amenaza de esta pérdida de amor, uno se inclina de nuevo ante la subrogación de los progenitores en el superyó, que en la época dichosa se pretendió descuidar. Esto es particularmente nítido si en sentido estrictamente religioso se discierne en el destino sólo la expresión de la voluntad divina. El pueblo de Israel se había considerado hijo predilecto de Dios, y cuando el gran Padre permitió que se abatiera sobre su pueblo desdicha tras desdicha, él no se apartó de aquel vínculo ni dudó del poder y la justicia de Dios, sino que produjo los profetas, que le pusieron por delante su pecaminosidad, y a partir de su conciencia de culpa creó los severísimos preceptos de su religión sacerdotal." (Freud, 1988: 122/23) Es interesante remarcar como la sociedad, a través de diferentes dispositivos, entre ellos la religión, va a contribuir en esta visión pecaminosa del infortunio. Recordemos que, para los autores marxistas, la religión funcionaría como un sistema de respuestas incuestionables (dogma) al servicio de la legitimación de las desdichas producto de las desigualdades sociales.

El trabajo, como fenómeno humano complejo, es bifronte, supone satisfacciones pero también frustraciones, nos permite el desarrollo personal pero también puede aplastarnos, puede contribuir a la salud psicofísica o a la enfermedad, al decir de Dejours, puede producir lo mejor pero también lo peor. Las patologías de sobrecarga laboral que citamos más arriba corres-



ponden tanto al trabajo como a la desocupación.

Como afirmáramos más arriba, el trabajo no es sólo poiesis, producción, sino también convivencia. Es decir la presencia de los otros. Las prescripciones y proscripciones que implican su presencia y que como dice Freud, es una fuente de sufrimiento. La presencia de los otros restringe mi narcisismo y esto genera un sufrimiento pero al mismo tiempo su presencia es indispensable para ser reconocido y poder amar. La presencia del otro Supone acuerdos, negociaciones, concesiones, y también malentendidos, envidias, celos, la posibilidad de ser abusado, explotado, maltratado. Es decir todo trabajo implica otro trabajo más: el estar con los otros. Y, a veces, como dijera J. P. Sartre en su obra "Huis Clos" (A puerta cerrada): "L'enfer c'est les autres" (El infierno son los demás).

Bibliografía

Borges, Jorge Luis (1988). "Biblioteca personal. Prólogos" en Borges, Jorge Luis (1996). Obras Completas IV, España, Emecé Editores España.

Bordelois, Ivonne (2004). La palabra amenazada, Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal

Dejours, Chistophe (2000). "Psicodinámica del trabajo y vínculo social" en Actualidad Psicológica Nº 274, Marzo, pp.2-5.

Evans, Dylan (1997). Diccionario introductorio de Psicoanálisis lacaniano, Buenos Aires, editorial Paidós.

Fernández Enguita, M. (1990). La cara oculta de la escuela: educación y trabajo en el capitalismo. México D.F., México: Siglo XXI.

Freud, Sigmund (1986). "Introducción del narcisismo", O.C., Volumen XIV, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1986). "Psicología de las masas y análisis del yo", O.C; Volumen XVIII, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1988). "Inhibición, síntoma y angustia", O.C; Volumen XX, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1988). "El Malestar en la Cultura", O.C., Volumen XXI,

Buenos Aires, Amorrortu editores.

Lévi-Strauss, Claude (1969). Las estructuras elementales del parentesco. Buenos Aires, editorial Paidós.

Llairó, María de Monserrat, Siepe, Raimundo (2005). Historia Económica, introducción a su estudio. Buenos Aires, editorial Errepar.

Llairó, María de Monserrat, Díaz, Marcela V. (2008). Historia Económica y social del mundo contemporáneo. Ejes para su comprensión. Buenos Aires, editorial Errepar.

Martínez García, Beatríz (2005). "Las nuevas formas de organización del trabajo: obstáculo para la construcción de una identidad", en Leonardo Schvarstein y Luis Leopold (comps.) Trabajo y subjetividad, entre lo existente y lo necesario. Buenos Aires, editorial Paidós.

Marx, Karl. (1997). "El trabajo enajenado" en Manuscritos de economía y filosofía, Barcelona, Altaya, (1ra edición, 1844), pp.107-123

Sartre, Jean Paul (1986). Huis clos, suivi de, Les mouches, Paris, Éditions Gallimard.

